

El Círculo de Vida y Muerte

Autor: Chuan Zhi Shakya, OHY

Traducido al español por Yin Zhi Shakya, OHY

Revisado gramaticalmente por Upasaka Pablo Guarnieri

Viernes, 19 de febrero del 2010

... la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy involucrado en la humanidad y por lo tanto nunca se sabe para quién tocan las campanas; y si tocan por uno. No podemos llamar a esto un principio de sufrimiento o un préstamo de sufrimiento, porque no hemos sufrido lo suficiente, sino que debemos recoger las aflicciones en cantidad de nuestros vecinos, tomando las miserias y sufrimientos de ellos. Verdaderamente, si lo hiciéramos, eso sería un pretexto egoísta, porque la aflicción es un tesoro que aterroriza a cualquier hombre que no haya tenido la suficiente. Ningún hombre que no haya madurado y evolucionado tiene aflicciones suficientes, porque es a través de ellas, que se adecua a Dios. —John Donne¹, Meditación 17



Mi primer encuentro con un maestro Zen sucedió cuando estaba llegando casi a los treinta años. Por casi una década antes de mi encuentro oportuno con una persona del Zen, éste siempre fue de mi interés. Nunca pensé seriamente acerca de verdaderamente PRACTICAR EL ZEN, pero me gustaba leer sobre las filosofías que germinaban de la esa literatura—Zen. Practicar el Zen estaba bien, algo que nunca pensé podría hacer: requería mucho desapego de todo... y me gustaban mis apegos. Pero lo más escalofriante era el desapego de mí mismo... y de lo que pensé era. Mi identidad. ¡Realmente no quería perderla!

¹ **John Donne**, (21 de enero de 1572 – 31 de marzo de 1631) fue un poeta, predicador y un representante mayor de los poetas metafísicos de ese período. Su trabajo fue notable por su estilo realístico y sensual que incluyó sonetos, poesías religiosas y poesías de amor. Nota tomada de [Wikipedia](#).

El Círculo de Vida y Muerte – Por Chuan Zhi Shakya

Bien, esta opción de encuentro me dio la oportunidad de hacer algunas preguntas relacionadas con todo esto, porque QUERÍA realmente PRACTICAR ZEN, pero una gran muralla se interponía ante mí: su esencia era la naturaleza misma de la vida y la muerte. “Parece” comencé, “que el Zen es fundamentalmente acerca de la vida y la muerte”. Él dijo: “así es, ese es un asunto muy serio”. Le respondí sin saber verdaderamente que decir: “Sí”. Él respondió sin ofrecer nada más.

Inseguro de mis propios pensamientos, le pregunté nerviosamente: “¿cómo puedo vencer el obstáculo de la muerte?”

Después de un corto silencio, respondió: “El obstáculo no es la muerte, es el miedo/el temor. Y el miedo solamente se manifiesta cuando nos proyectamos en el futuro o en el pasado. Cuando vivimos en el momento presente, no hay miedo”. Él hizo una pausa. “No hay muerte”. De nuevo hizo otra pausa. “Es solamente la transformación continua de un ‘ahora’ al próximo. Cuando en ese momento estás completamente presente, eso es ‘Ahora’, no hay temor porque ‘Ahora’ lo incluye todo. No hay nada más. No hay nada menos. Lo que traemos con nuestra preocupación sobre la muerte son temores de lo que ha de pasar en el futuro—cómo nuestra existencia puede cambiar. Pero nuestra existencia está cambiando cada momento y no le prestamos atención. Que irónico es que nos importe tanto un punto distante imaginario en el tiempo y espacio y no le prestemos atención a nuestro ser aquí y ahora. El entrenamiento Zen es nada más ni nada menos que el entrenamiento de nosotros mismos en el presente. Y no hay momento en que **‘ese momento’** no esté presente. Cuando no estamos presentes, es como si estuviéramos muertos. Es cómico, ¿verdad? Estamos muertos y nos preocupamos por la muerte”. Él tomó un momento para reírse, entonces me miró con unos ojos que parecieron mirarme profundamente. “El Zen no es acerca de la vida y la muerte en la forma que piensas. Una persona del Zen no cuestiona la naturaleza de la vida o la muerte. Esos son temas para los filósofos. Una persona del Zen profundiza o excava en la naturaleza del ser y cuando la haya descubierto, habita cómodamente ahí. Pero eso no es una cosa pasiva. El Zen requiere el uso de nuestro ojo interno para apartar la ilusión de lo que es real. Inicialmente esto es un trabajo duro porque no estamos acostumbrados a eso y tenemos que refrenarnos de nuestra forma de pensar y percibir. Pero con el tiempo, llega a ser una segunda naturaleza”.

Él paró de hablar y yo finalmente le pregunté, ¿así que la muerte no entra en esto en absoluto?

“Seguro que sí, ella entra en esto. La razón por la que tememos la muerte es porque le tenemos miedo al sufrimiento y porque le tememos a lo desconocido. Estamos temerosos de que podemos morir en dolor y sufrimiento. Tememos que nuestra existencia se desvanezca. Con esas preocupaciones tan intensas, ¿cómo podemos generar suficiente poder de voluntad para hacer Zen? El Zen no es filosofía; tampoco es un hobby o algo que tratamos para hacernos una persona mejor o más popular en nuestro grupo de yoga local. A menos que pongamos nuestra vida en la ‘línea del fuego—que nos inmolemos’, nunca descubriremos de lo que verdaderamente se trata la vida. Estaremos por siempre atormentados por nuestras imaginaciones, proyecciones y opiniones. Seremos los muertos que caminan”.

A medida que el silencio persistía, yo no sabía que responder. Dificultosamente le di las gracias por las explicaciones y él me invitó a visitarle de nuevo.

Mientras, las palabras de este anciano Zen repicaban la “verdad” en mis oídos, que me guiaron finalmente a descubrir por mi mismo el Zen, esta descripción de la muerte y el morir no estaba completa. Sólo me dijo la mitad de ella: la mitad que necesitaba saber en ese momento. La parte que él no habló fue que el sufrimiento perenne que observamos en los demás. Él no habló sobre el dolor de observar a un ser amado luchar con el cáncer, la vejez, o cualquiera de las miríadas de enfermedades que se adquieren con la vejez. Él no habló del dolor que sentimos cuando miramos las tragedias del sufrimiento humano a medida que surgen alrededor del mundo—el terremoto catastrófico de Haití, el desastre de Bhopal, el incidente de 1990 en Hajj, el ataque del 11/9 en las Torres de Nueva York, las incontables guerras... la lista parece interminable, mientras más miramos hacia atrás en la historia más alertas estamos en el presente. ¿Cómo nuestra iluminación nos ayuda a arreglárnosla con lo que parece ser una esencia fundamental del sufrimiento humano, que tan simplemente el Buda resumió en su Primera Noble Verdad? ¿Por qué debemos preocuparnos acerca de nuestro propio destino o infortunios cuando hay tantos otros cuyos sufrimientos eclipsan completamente nuestra propia existencia insignificante?

Vivir en el **aquí-y-ahora**, ese modo que adoptamos automáticamente cuando ya somos capaces de desapegarnos de los conceptos imaginarios y fabricados del ‘yo’, no quiere decir que vivamos en éxtasis, porque todavía somos testigos de los dolores y luchas de nuestros compañeros humanos; y si somos adecuadamente sensibles,

también a los dolores y luchas de las demás criaturas. Pero para vivir en el momento se necesita perder el **'yo'**, el ego que se implanta. Cuando solamente somos 'alerta pura', no hay consideración ni preocupación acerca de la causa de esa atención—la atención es 'todo lo que es'. La atención es la fuente misma de la atención, es su propia fuente. Con la atención llega una conexión íntima entre el que percibe y lo percibido. Cuando YO estoy CONTIGO y te percibo enteramente, es como si 'YO' fuera 'TÚ'. No hay diferencia.

A medida que testificamos el sufrimiento de los demás, nosotros también sufrimos. Nuestro deseo de ver el final de todo sufrimiento guió nuestros ancestros Dharmáticos a añadir un voto o promesa especial al canon Budista: prometo/voto salvar a todos los seres sintientes. Esto habla directamente del deseo puro de ver a todas las personas libres del sufrimiento. Eso no quiere decir que si queremos ser unos buenos budistas necesitaríamos salvar a todos los seres sintientes... eso significa que una vez ya iluminados, no desearemos nada más que salvar a todos los seres sintientes, sin tener en cuenta si podemos o no. El voto reconoce el sufrimiento que todos pasamos cuando otro sufre. Reconoce nuestra conexión inseparable con los demás.

Sin embargo, hay dos tipos de sufrimiento: el sufrimiento del alma y el sufrimiento del cuerpo. Poco podemos hacer acerca del sufrimiento del cuerpo—la naturaleza toma su curso y caemos víctimas de la vejez y las miríadas de enfermedades que la acompañan. O quizás sufrimos porque nacimos con algún desorden congénito, o somos víctimas de un violento accidente de alguna clase.

Pero el sufrimiento de la clase espiritual es el peor de todos. Sucede cuando fracasamos en reconocer nuestro **"Propio Yo"**, nuestra Naturaleza Búdica, Dios. A Platón le gustaba vivir en una cueva sin luz, nunca ver la luz, no saber que ella existía, y pensando que cualquiera que hablare de tal 'Luz', estaba loco. Sin embargo, una vez que la luz se conoce, el dolor de sufrimiento físico se reduce a insignificante, porque ya no nos identificamos más con él. El dolor físico no puede tocarnos porque estamos muy bien conectados con lo que **'NOSOTROS'** es, y lo conocemos perfectamente, sabiendo entonces que ese **'NOSOTROS'** no tiene nada que ver con el cuerpo físico o los dolores que experimentamos. Cuando vemos que la naturaleza de la vida no es diferente de la naturaleza del nacimiento y la muerte, devenimos liberados de la prisión de nuestro cuerpo y mente. Vemos todo como un continuo o como una serie de cambios en el cual nada de la sustancia fundamental se destruye. Como una serpiente

El Círculo de Vida y Muerte – Por Chuan Zhi Shakya

mordiendo su cola, todo es una rueda interminable de nacimiento y muerte, creación y recreación. Cada científico toma como premisa fundamental que la energía no puede ser creada ni destruida sino simplemente transformada de una cosa a la otra. Cada místico conoce esto también como una verdad fundamental. Y cuando se conoce más allá de las palabras—**en nuestros corazones**, más allá de la teoría y más allá de la filosofía—entonces no hay temor de morir porque la muerte simplemente se ve como un cambio de una forma de energía a otra, la muerte no mata a nuestro yo, porque en primer lugar, nuestro **'yo'** no existe **fundamentalmente**.

Cuando un budista promete o hace el voto de salvar a todos los seres sintientes, nosotros prometemos ayudarlos a salir de la cueva platónica de la oscuridad, sacarlos fuera de la fuente verdadera de sufrimiento, que es la ignorancia de nuestra Naturaleza Verdadera. Cuando hemos alcanzado la atención plena de la Luz Platónica, podremos sufrir dolores corporales pero ellos ya no son importantes para nuestra felicidad interna. Tales dolores se desapegan de Nosotros... de nuestro **YO**, que es eterno e infinito. Vivir una vida sin haber nunca encontrado la conexión a nuestra naturaleza fundamental es trágico. Mirar como una persona iluminada muere con una muerte dolorosa, es doloroso, pero ser testigo del dolor y sufrimiento de otro ser que todavía no ha despertado a su Naturaleza Verdadera es lo más duro y difícil de todo.

Final del documento

Traducido al español el lunes, 22 de febrero de 2010

Miami, Florida USA